

1978

La Iliada en Buenos Aires

Enrique Anderson Imbert

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Imbert, Enrique Anderson (Primavera 1978) "La Iliada en Buenos Aires," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 7, Article 7.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss7/7>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LA ILIADA EN BUENOS AIRES

Enrique Anderson Imbert

Kazantzakis era físicamente débil pero de imaginación tan forzuda que desfiguraba el mundo cada vez que lo golpeaba con una metáfora. Los cuentos que publicaba eran fantásticos; y aun en los pequeños incidentes de la vida diaria confundía hechos y mitos, cosas y sueños. Se escapaba de la realidad aunque no completamente: la realidad, como el gato al ratón, lo dejaba escapar para alcanzarlo de un zarpazo, Kazantzakis llevaba la marca de esos fracasos. El último: el Ñato Mustafá le robó la dama.

Kazantzakis sabía muy bien que la literatura había comenzado cantando en hexámetros cómo un rapto encendió una guerra. Ahora la literatura lo ayudó a juntar todas las fuerzas de su ánimo y vengarse. A la luz de la literatura vio el clásico triángulo: El, Ella y el Otro. El triángulo, sin dejar de ser triángulo, de una vasta geografía de mares y penínsulas se encogía a las dimensiones de un barrio, comprimiendo recuerdos de la historia: epopeyas, romances heroicos, novelas de caballería, románticas deshonras reparadas por las armas, realistas relatos de retos. El triángulo, sin dejar de ser triángulo, podía dibujarse con tizas de diferentes colores. Kazantzakis eligió su tiza, de un color falso y verdadero a la vez: no se batiría a duelo, se agarraría a trompadas con el Ñato Mustafá.

El Ñato Mustafá, campeón de box. Pero él, Kazantzakis, probaría que era tan hombre como cualquiera. Y ¡quién sabe! a lo mejor la novia, al enterarse de su valentía . . . Porque él no iba a acobardarse. Ya vería ella. ¿Que el Ñato Mustafá era campeón de peso ligero? Paciencia. ¿Iba a acobardarse por eso? No, no, no él. ¡Nunca! No digamos campeón de peso ligero ¡ aunque el Ñato Mustafá fuera campeón de peso pesado lo desafiaría igual! El Ñato Mustafá, el suertudo, el conquistador . . . ¡Ah, hasta podría escribir su historia, de tan bien que lo conocía! Primero en los baldíos de Nueva Pompeya, después en un Club del centro. Se hizo boxeador profesional y entonces empezaron los viajes triunfales. Noqueó al mejicano Jicoténcal y, en Nueva York, le arrebató el título al negro Rocky Jones. El público lo adoraba por su coraje. ¡Lo estaba viendo en ese momento como si lo tuviera frente a los ojos!: en cuanto sonaba el gong el Ñato Mustafá saltaba hacia el rival y, sin cuidarse, le metía duro y parejo durante los tres minutos. Nadie podía detener ese remolino. Le hinchaban la cara, y el Ñato Mustafá, ensangrentado, dale que dale, arriba, abajo, hasta que por ahí colocaba un

derechazo y dejaba al otro tendido como un trapo.

Esa noche Kazantzakis fue a esperar al Ñato Mustafá en el almacén de la esquina.

Estaba desierto. El viejo Ypsilanti que lo atendía era un griego que ya no podía leer la *litada* sino en la traducción de Segalá. Precisamente en el instante en que Kazantzakis entraba la estaba leyendo. Ignoraba la "cuestión homérica". Confundía épocas, culturas, razas, naciones. Dichosamente anacrónico, creía que los aqueos eran griegos como él, que los teucros eran los turcos y que en esa guerra de Troya—la primera entre Occidente y Oriente—Homero había contado cómo los griegos castigaron a los turcos por una mujer robada. Era un poema nacional, el poema de su nación. Algo le decepcionaba, sin embargo: la imparcialidad de Homero. Patriota y todo, Homero inventaba héroes turcos con innecesario fervor. Para preparar un combate entre iguales Homero había hecho que la figura del turco Héctor creciera a medida que crecía la cólera del griego Aquiles.

Dejó el viejo Ypsilanti su Homero y le sirvió a Kazantzakis una ginebra, y después otra, y después otra.

Entonces entró el Ñato Mustafá.

Kazantzakis se le fue al humo, le avisó que le encajaría una bofetada y se la encajó,

El Ñato Mustafá no quiso contestar.

"Ahora va a decir", pensó Kazantzakis, "que tiene la trompada prohibida".

Y le encajó otra bofetada. Ahí fue Troya.

El pugilato, épico. El viejo Ypsilanti hizo un gesto para separarlos pero se contuvo y prefirió no mirar: oía los resoplidos, los puñetazos, el restregar de los pies sobre el piso, siempre la misma exclamación de dolor. De pronto un cuerpo se desplomó. El viejo Ypsilanti alzó la cabeza y vio que Kazantzakis salía del almacén y el Ñato Mustafá lloraba escondiendo la cara en el suelo.

— ¡Cobarde!—exclamó el viejo entre dientes—. ¡Se necesita ser cobarde para ... !

Se calló para no ofender al vencido pero siguió pensando: "se necesita ser cobarde para pegarle a este pobre tipo que en su perra vida ha peleado con nadie. ¡Ni que Kazantzakis creyera que este raquítico Mustafá era un campeón de box, para ensañarse así con él!".

Y cayó en el chiste. Acababa de comprender que eso era justamente lo que pasó: ¡Kazantzakis había inventado como Homero!

Mientras ayudaba al Ñato Mustafá a levantarse, por primera vez en su vida el griego Ypsilanti sintió más simpatía por el enemigo Héctor que por su paisano Aquiles.